

CRÓNICA *de la parroquia*

NAYÓN



Cronistas de la parroquia:

Alex Changoluisa, Aymé Quijía, César Reinoso, Darwin Quijía, David Eliécer Anaguano, Erik Juiña, Gloria Pilapaña, Ingrid Pillajo, José Eliécer Anaguano, Juan Diego Anaguano, Luis Yuiña, María Soledad Anaguano, Martha Grijalva, Miguel Anaguano, Patricia Coyago, Pilar Anaguano, Rosa Matilde Anaguano, Rosa Luguaña, Susana Juiña, Vicky Pillajo.

Equipo gestor:

María Fernanda Auz, María Fernanda Buendía y Natalia Dávila.

Diciembre de 2022

RESUMEN

Esta crónica parte de las voces de habitantes nativos de Nayón. Sus relatos como cronistas locales retoman la presencia de sus madres y padres, testigos fieles de la vida en el territorio nayonense desde la década de 1940 aproximadamente. Este documento es sobre todo testimonial y relata la importancia de Nayón a través de su vitalidad como un espacio que contiene riqueza material, cultural y simbólica; un laboratorio donde se generan nuevas dinámicas sociales, un territorio en disputa.

Los aspectos culturales particulares y una economía basada en el comercio, el agro y el intercambio de productos, un origen de resistencia y apellidos singulares, hacen de Nayón el espacio al que gran parte del sector inmobiliario apunta para viviendas de lujo generando un proceso de gentrificación del territorio, creando un sentimiento de incertidumbre en sus pobladores nativos. Para los cronistas de Nayón el hito de este documento es la llamada “invasión”.

Palabras clave: Nayón, gentrificación, mitimaes, sector inmobiliario, élites.

Un breve paso por la historia del territorio del maíz chiquito

Nayón obtiene su nombre de la palabra *mayón* que significa maíz chiquito o hijo del maíz. Los cronistas relatan que el origen de este vocablo está en las lenguas caranqui o quitu cara, señoríos étnicos que poblaron estos territorios cuyo primer registro histórico, según la memoria de Aymé Quijia, investigadora nayona, data de 1520 en el Valle de las Guabas, donde Tanda era mencionado como territorio milenario en los archivos históricos. En 1778 se registra la comuna de Nayón, territorio que todavía estaba anexado a Zámbez.

Fue en 1935 cuando Nayón se parroquializó, logrando su verdadera autonomía con la construcción de la iglesia en el centro poblado, lo cual derivó en que la gente dejara de dirigirse hacia Zámbez para realizar trámites y actividades religiosas. Para David Anaguano, la separación fue territorial y simbólica ya que, a zambiceños y nayonenses, se les ofreció un trabajo asalariado por barrer las calles de Quito; pero siendo los nayonenses hombres muy orgullosos, afirmaron que jamás se rebajarían a ser peones ni sirvientes, ni por oro, ni por plata.

Los nayonenses prefirieron mantener sus actividades de intercambio comercial como sustento de sus economías, intercambiando sus productos agrícolas por otros productos y, desde luego, por una paga en dinero. Los cronistas coinciden en que, hasta los años ochenta, la importancia del agro en Nayón estuvo ligada no sólo al cultivo sino al intercambio de productos entre varios territorios del noroccidente de Pichincha, ya que nayonenses y nayonas se han caracterizado por ser grandes exploradores y comerciantes, a pesar de las dificultades geográficas para

trasladarse. El ingenio y la perseverancia les condujo a llevar productos propios de su zona, como maní y maíz, hacia zonas como Pacto y Nanegalito, y traer hacia su territorio productos como aguacates, naranjas y plátanos.

El trueque también se sostuvo en Nayón entre la zona oriental y occidental de la parroquia. Durante los años setenta hasta los ochenta, se intercambiaban productos con Cumbayá, se llevaba mishki (bebida de pencho) hacia la parte baja de San Pedro del Valle y Pifo: *“de la hacienda de Camilo Ponce Enríquez traíamos cebada, trigo, y nosotros llevábamos habas”*¹ dice Eliécer. Los trueques se extendían hasta Turubamba, hacia donde se llevaba aguacate y panela y se llevaba de regreso papas; otro grupo de familias nayonenses intercambiaban productos con lugares como Catzuqui y con la zona de lo que hoy se conoce como La Roldós.

Eliécer Anaguano y Rosa Anaguano recuerdan también las pericias del traslado de productos hacia la ciudad de Quito, muchos de los burros de carga que se empleaban morían en las quebradas y quebradillas, llevándose con tristeza la vida de muchos pioneros del comercio en Nayón. A esto se debe la importancia de las mingas en la historia de este territorio, las que han servido para sostener la economía de la gente y ampliado la comunicación entre los propios barrios de la parroquia, con un impacto a nivel provincial. La falta de acciones por parte del Estado para atender a este territorio consolidó los lazos internos de la población que, con sus propias manos, abrió caminos para poder mantenerse en contacto con otras parroquias:

“Incluso jugábamos a la minga, tocábamos los tambores y gritábamos golpeando los asientos de shawuares secos: ¡A la mingaaaaa! Toditos los guaguas de compachendo, y toditos nos dedicábamos a hacer la minga porque veíamos que

¹ Fue presidente del Ecuador entre 1956 a 1960.

los mayores hacían así, entonces cambiábamos el corral donde les encerraban a los chivos y tolábamos el corral. De ahí cogíamos los guagua chivos y nos hacíamos los compadres y las comadres, nos tomábamos el mishki pimbo (bebida que producen los pencos), la chicha, y guarapo (bebida de penco que empezaba a fermentarse), quedábamos chumaditos y seguíamos juega y juega. Así aprendíamos de nuestros mayores. Ahora, a mí me da pena, no sé cómo aprenderán nuestros guaguas a vivir en comunidad” (Juiña, 2022).

La minga en este territorio, como en otros territorios indígenas, ha sido cohesionadora y permitió que Nayón y todos sus anejos, hoy en día barrios, generen obras públicas para la parroquia. Los cronistas recuerdan con entusiasmo la intervención de todas las personas que habitaban el territorio, por ejemplo, recuerdan a Luisa Gualoto, quien se encargaba de alimentar a toda la gente en las mingas y de preparar guarapo de penco para que el evento no solo sea una jornada de trabajo comunitario, sino una celebración conjunta del progreso de su espacio.

Muchos de los productos agrícolas perecederos resultaban difíciles de trasladar, por lo que los primeros cultivos de plantas frutales y ornamentales entraron en un boom en la década de los noventa, convirtiendo a Nayón en un espacio al cual las personas de Quito y sus afueras llegan en busca de verdor y frescura.

Lo anteriormente expuesto constituye un punto de inflexión en la historia de la parroquia, ya que la fama como “Jardín de Quito” que adquirió a partir del boom de estos viveros, atrajo a compradores foráneos a habitar este espacio.

Un paisaje rural tan cercano y rico como es Nayón atrajo al Quito urbano en constante expansión. La búsqueda de nuevos horizontes cercanos a la naturaleza ha modificado notablemente su paisaje y sus dinámicas culturales, al punto de que muchas de las costumbres y tradiciones se han visto

afectadas e incluso prohibidas. Más adelante en este relato, se ahondará en los testimonios de los cronistas sobre este cambio en el paisaje de la parroquia.

Centro de Nayón



Fundación Quito Eterno. Centro Poblado de Nayón. Nayón, 2022.

Apellidos de linaje y una historia de resistencia

En la parroquia de Nayón los apellidos son únicos; según los cronistas, esto se debe a que posiblemente Pilapañas, Quijas, Quijías, Anaguanos, Luguañas, Tituaña, Pillajo, Gualotos, Lugmañas, entre otros, fueron mitimaes traídos de Arequipa en Perú y Bolivia en tiempos de la invasión incaica. En la zona de Huertayaco, al nororiente del centro poblado, se encuentran vestigios que dan indicios de la resistencia dada por el pueblo Nayón a la invasión incaica en tiempos pre-coloniales (Quijía, 2022).

La memoria histórica de la invasión se refleja en relatos más contemporáneos sobre la disputa ocurrida con el Cusco

por Santa Ana, sucedida aproximadamente hacia 1930. Según las crónicas, la imagen llegó a Nayón en brazos de los Anaguanos, Juiñas y Collaguazos, todos nativos tanto de Perú como de Nayón. Santa Ana habría cobijado a estas tres familias para que llegaran a este territorio sin problemas después de peregrinar desde el Cusco. Desde luego, los reclamos no se hicieron esperar, pero la voluntad de la santa fue quedarse en la tierra del maíz chiquito, eligiendo como casa la iglesia del centro poblado de Nayón hasta hoy en día, dando por terminado el conflicto con los hermanos peruanos.

La valentía del pueblo de Nayón se ve reflejada todavía en la posibilidad de resistir a los embates de lo que se conoce como proceso de gentrificación en los conceptos de las Ciencias Sociales. En este punto de la crónica es importante introducir este concepto porque, de acuerdo a las personas que participaron de este proceso, la denominada “invasión” es un punto importante en la historia de Nayón.

Aymé Quijía y David Anaguano hacen la relación entre esta denominada invasión y la historia de resistencia de nayonenses y nayonas desde épocas preincaicas. Desde su perspectiva, el imaginario de invasión que las personas nativas de Nayón perciben con respecto a la urbanización contemporánea y llegada de nuevos conjuntos habitacionales, restaurantes de lujo, universidades privadas y propiedades de lujo, proviene justamente de ese momento de la historia profundamente arraigado en la memoria de la gente nayonense.

La demografía de este territorio en tiempos preincaicos y la llegada de mitimaes con la irrupción del imperio Inca, explicaría la complejidad de la composición de la parroquia desde épocas ancestrales, permitiendo comprender cómo los guerreros locales de antaño, mezclados con la nueva población, generaron una mirada que rebasa fronteras a través del comercio y el intercambio más allá de su localidad.

La invasión: un proceso de gentrificación del territorio Nayonense

Una de las líneas de la gentrificación o proceso de apropiación de los territorios por parte de las clases sociales que tienen poder es la introducción de población que rompe procesos comunitarios para poder vivir en entornos naturales, pero sin involucrarse en la vida comunitaria. Los nayonenses han denominado a estos nuevos habitantes como foráneos, son quienes han comprado tierras y ahora viven en la parroquia (Quijía, 2022).

Para los cronistas, este proceso constituye el hito de este documento. La gente que ha llegado a cambiar el paisaje de la parroquia se ha convertido en una problemática que amenaza con desaparecer las dinámicas locales de esta parroquia, pues en muchos casos se ha centrado en cerrar los espacios comunitarios en complicidad con las instituciones públicas ya que, al ser parte de las élites económicas, cuentan con el apoyo político y administrativo de muchas autoridades. Definitivamente, las características de la parroquia hicieron de ella un territorio apetecible para vivir en paz.

Desde los años 90 e inicios de los 2000, la parroquia se convirtió en un espacio de venta al público al que los foráneos llegaban con la impronta de ocupar espacios en la periferia de Quito, lo que dio lugar a que los terrenos en comunas y centros poblados elevaran su valor comercial.

La precariedad de la economía post-pandemia hizo que la venta de terrenos se acelere por falta de oportunidades y por la imposibilidad de poder pagar tierras que cada vez se vuelven más y más caras. Uno de los problemas que percibe la gente para el futuro de la parroquia es que la población nativa sea expulsada de su territorio, pues ya existen problemas de pago de impuestos prediales.

Según los cronistas, 1m² en Nayón puede llegar a costar hasta quinientos dólares, valor que ha incrementado

el pago de los gravámenes a la propiedad, a lo que se agrega que, sin ningún tipo de planificación territorial, los nuevos propietarios cierran el paso a las propiedades de la gente nativa, afirmando que por la compra de sus propiedades tienen derecho a cercar los pasos comunes que históricamente han existido.

Asimismo, las restricciones y ordenanzas sobre cómo se debe construir se aplican al parecer, única y exclusivamente, sobre los propietarios nativos a quienes se les obliga a guardar espacios verdes y se les prohíbe construir cerca de las quebradas, cuestión que para los llamados “invasores” no es un problema, pues pueden construir sus viviendas en cualquier lugar, incluidas las quebradas.

Al parecer, policías, militares, comerciantes, constructoras y políticos, han hecho de Nayón un espacio que les permite acceder a puestos de poder. Una de las fórmulas para convertirse rápidamente en concejal rural de Quito es trasladarse a vivir a Nayón y sus barrios, con leyes y ordenanzas que ponen en riesgo las celebraciones de las fiestas populares de la parroquia, por tanto, sus expresiones culturales.

Los cronistas cuentan que en las últimas fiestas de la parroquia celebradas este 2022 se les prohibió lanzar voladores (pirotecnia) a través de una acción de protección en la que se denuncia que el ruido de la pirotecnia afecta a los animales domésticos. Los cronistas aseguran que desconocen quiénes interpusieron dicha acción, pero saben que ciertamente la respaldan personas con mucho poder.

En nombre de la tranquilidad, se prohíbe el uso del espacio público y se ha pretendido privatizarlo con políticas como la creación de un santuario de vida silvestre, que los pobladores de San Pedro del Valle consideran no es de interés popular ya que a ellos, siendo pobladores de la zona, no se les ha consultado sobre esta iniciativa promovida por el concejal de Quito, Juan Manuel Carrión.

Desde la perspectiva de los cronistas, esto es el vivo ejemplo de las arbitrariedades de muchos funcionarios y políticos en Nayón, quienes están interesados en elevar

la plusvalía de la zona a través de proyectos ambientales como el antes mencionado, sin atender uno de los grandes problemas ambientales de la zona: el mal manejo de desechos comunes y escombros vertidos en el río San Pedro por parte de instituciones privadas como la Universidad de las Américas (UDLA); o el problema de la desaparición de fuentes de agua como son las quebradillas y los pozos, debido a las construcciones de conjuntos residenciales como *Timaza*, o conjuntos cerrados en la zona de Chibatola, cuyos propietarios han amenazado varias veces a las dirigencias comunitarias de convertirse en barrio independiente para tener jurisdicción exclusiva sobre sus terrenos.

Tristemente, la apropiación por vías legales de los terrenos comunitarios y privados de Nayón, a través del sistema de compraventa, se parece más a una especie de invasión de las personas foráneas, que a una convivencia pacífica en la zona.

Local comercial



Fundación Quito Eterno. Locales comerciales de lujo por estrenar, vía Inchapicho. Nayón, 2022.

Quijía refuerza que por la gran riqueza cultural que los cronistas describen de su parroquia (fiestas, comidas, tradiciones como las escobas de coco y juegos deportivos del territorio), Nayón podría ser una fuente de inspiración y un laboratorio de convivencia intercultural entre nativos y foráneos. Quijía rescata la idea, al igual que todos los cronistas, de Nayón como un territorio que acoge y recibe a la gente que se integra a sus dinámicas culturales y sociales. David Anaguano dice que las actividades rurales no son mezquinas porque integran a todas las personas que habitan Nayón, ya que suceden en los espacios públicos, pero que por parte de los foráneos no existe la voluntad ni el interés de cooperar en mingas ni en actividades culturales tradicionales de la parroquia.

La riqueza económica de los nativos nayonenses, dada su naturaleza comercial y agrícola, determina la complejidad con que la modernidad y el progreso han llegado a Nayón. La historia de resistencia pre-colonial y su relación directa con los servicios que siempre ofreció a Quito desde épocas de la colonia, como aguateros y especieros, hacen que Nayón haya tenido importantes dinámicas locales de reproducción económica.

Como dicen los lugareños: *“En Nayón hasta las piedras se venden y nadie se muere de hambre”*. Esto ha diferenciado a los grupos humanos que coexisten aquí: están los nativos, gente que nació y creció en esta parroquia al igual que sus abuelos y bisabuelos; gente migrante de barrios del sur y centro de Quito y de otros pueblos y nacionalidades que son parte del servicio de los grandes conjuntos y barrios que existen ahora en la parroquia; y personas con gran capacidad adquisitiva que rompen con la comunidad nayonense en sus prácticas de captación de tierras, a través de la compra de terrenos con precios exorbitantes.

Estos grupos humanos conviven ahora en un equilibrio precario, pues la falta de diálogo por parte de los nuevos habitantes hacia la comunidad y la continua venta de tierras, hacen que cualquier posibilidad de vínculo intercultural sea

nula. Sin embargo, todas las personas que han intervenido en la crónica de Nayón coinciden en que la capacidad de las dirigencias jóvenes puede ser un referente para llegar a acuerdos de convivencia entre estas múltiples poblaciones antes descritas, sin poner en riesgo la vida y la cultura de las personas nativas y la propiedad comunitaria.

Gestores y dirigentes con apoyo de la comunidad, como David Anaguano, Darwin Quijía, Erik Juiña y Néstor Juiña, son algunos de los nombres que salieron a la luz en este relato aunque, según los cronistas, aún quedan muchas personas valiosas por ser mencionadas. Para David Anaguano, el reto de la nueva dirigencia reside en abordar los límites de la ruralidad y sus dinámicas de reproducción: *“la ruralidad no se respeta, no se entiende, la ruralidad requiere un equilibrio entre la naturaleza y la gente, se propone una delimitación para los temas rurales y urbanos”* (Anaguano, 2022) para que las autoridades aporten a la política pública en el territorio nayonense, de lo contrario cualquier esfuerzo que se realice como sociedad civil no progresará.

Es interesante observar cómo este proceso de gentrificación puede ser uno de los motivos por los cuales la unión entre los barrios de Nayón se ve afectada. Por ejemplo, la sensación de abandono que los adultos mayores de Tanda tienen con respecto al centro poblado de Nayón se produce a partir de la concesión de la comuna Tanda Pelileo a manos privadas por los fraccionamientos de las dirigencias que se han quedado en la mente de los pobladores como rencillas entre hermanos de un mismo territorio, concesiones que solo han beneficiado a grandes poderes económicos foráneos que han introducido discordia en la dinámica comunitaria de uso del espacio en la parroquia.

Para finalizar: la fiesta, las escobas, la alegría

Nada de este proceso de gentrificación ha impedido que, durante las fiestas, la gente se una como lo que son: nayonenses y nayonas de un solo territorio, pues no existe

familia nativa que no cuente con una historia ligada a los golpeadores de escobas en el noroccidente, a los especieros de canela distribuidos en todo el país, o a los rezadores que iban hacia Calderón en tiempos de días de difuntos para intercambiar sus oraciones y cánticos por naranjas y plátanos.

La necesidad de recordar los oficios exclusivos de Nayón como fuente de identidad y cultura, puede ser reivindicación de interculturalidad y propiciar la intervención de la comunidad nayonense para declarar muchas de sus tradiciones como patrimonio cultural inmaterial y material, preservando de esta manera su cultura y tradiciones.

Para los habitantes antiguos de Nayón, es necesario recuperar el diálogo entre los barrios, reconstruir lazos fraternos para fortalecerse y afrontar los cambios que su infraestructura ha atravesado desde la década de los noventa y que incrementan desmedidamente en estos últimos años. La fuerza de estos vínculos está en lo único que tienen: su memoria, sus tradiciones y su territorio.



Cronistas Participantes

Alex Changoluisa: Joven, nativo de la parroquia.

Aymé Quijía: Investigadora nativa de la parroquia.

César Reinoso: Habitante nativo de la parroquia.

Darwin Quijía: Dirigente joven, gestor cultural, habitante nativo de la parroquia.

David Eliécer Ananguano: Dirigente joven, gestor cultural, habitante nativo de la parroquia.

Erik Juiña: Joven, nativo de la parroquia.

Gloria Pilapaña: Adulta mayor nativa de la parroquia.

Ingrid Pillajo: Adulta mayor, habitante nativa de la parroquia.

José Eliécer Ananguano: Adulto mayor nativo de la parroquia.

Juan Diego Ananguano: Habitante joven, nativo de la parroquia.

Luis Yuiña: Adulto de mediana edad, habitante nativo de la parroquia.

María Soledad Ananguano: Mujer de mediana edad, habitante nativa de la parroquia.

Martha Grijalva: Mujer de mediana edad, habitante nativa de la parroquia.

Miguel Ananguano: Habitante joven, nativo de la parroquia.

Patricia Coyago: Mujer de mediana edad, habitante nativa de la parroquia.

Pilar Ananguano: Adulta mayor, habitante nativa de la parroquia.

Rosa Matilde Ananguano: Adulta mayor, habitante nativa de la parroquia.

Rosa Luguaña: Adulta mayor, habitante nativa de la parroquia.

Susana Juiña: Adulta mayor, habitante nativa de la parroquia.

Vicky Pillajo: Mujer de mediana edad, habitante nativa de la parroquia.

Referencias

Si bien no existen estudios extensos sobre el tema de gentrificación, cambios en el paisaje y urbanización que se ha dado en Nayón, existen algunas tesis que indagan estos fenómenos como estudios de caso. Por ello, esta crónica se levantó exclusivamente con los testimonios y entrevistas que las personas originarias de la parroquia brindaron durante este proceso de investigación participativa. Algunos estudios publicados que se sugieren para profundizar sobre este tema son: Entre la ciudad y el campo Los cambios en el estilo de vida de los pobladores de Nayón a partir de la urbanización, de Gabriel Ignacio Laspina Tapia, publicado por FLACSO. También se puede revisar la tesis titulada Residencia para estudiantes de la PUCE-Nayón en el barrio San Pedro del Valle, de Daniel Alejandro López Erazo.

